

Graciela Batticuore, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*

Buenos Aires, Edhasa, 2005, 366 páginas.

Todo escritor, para llegar a ser un escritor, tuvo antes que ser un lector. *La mujer romántica* no hace explícito ese lugar común, sino que lo adopta como un presupuesto para examinar el pasaje de la lectura a la escritura en algunas escritoras argentinas del siglo XIX. Incluso hacia fines de siglo, cuando las voces letradas tradicionales se alarmaban ante las novedades de la “enfermiza” literatura francesa contemporánea, no parecía suficiente recurrir a la imagen de los hijos para encarecer el peligro moral (¿Usted dejaría esos libros en manos de sus hijos?). Convenía en tales casos que los hijos fueran mujeres, *hijas*, e hijas virginales, intachablemente inocentes y desinformadas. ¿Cómo llegaron a ser escritoras, entonces, las escritoras argentinas decimonónicas? La interrogación apunta a una dificultad especial que se añade a otra casi insuperable, ya que durante el siglo XIX la puesta en práctica de las ambiciones literarias fue, para los hombres mismos, mucho menos una realidad que un ensayo aproximativo, un sueño postergado (a cargo de generaciones venideras) o dejado atrás (con la juventud). Sin olvidar nunca que su tema está signado por la excepción, *La mujer romántica* trata sobre cuatro figuras femeninas excepcionales: Mariquita Sánchez, Juana Manso, Eduarda Mansilla y Juana Manuela Gorriti.

La “Introducción” define el libro como un estudio sobre la mujer letrada entre 1830 y 1870: “Cómo se inserta en el imaginario de la época la figura de *la lectora romántica* y cómo emerge y se ubica en la escena cultural la presencia de *la autora* son los interrogantes que atraviesan medularmente la investigación”. El objeto de *La mujer romántica* es, en realidad, algo más amplio. Las décadas centrales del siglo XIX están en el centro de su mirada, pero Batticuore retrocede hasta los comienzos de la centuria para considerar, por ejemplo, las intervenciones de Mariquita Sánchez en los años inmediatamente posteriores a la Revolución de Mayo o el mercado del libro durante la época de Rivadavia. El segundo límite cronológico también queda desbordado, no tanto porque (digamos) Gorriti haya publicado su último libro en 1890, sino porque Batticuore parece haber tenido siempre presente otra fecha final que, aunque externa a su período, viene a cerrarlo y darle sentido: 1905, el año de la publicación de *Stella*, el *best-seller* de Emma de la Barra. “La celebrada novela”, afirma en el “Epílogo”, “marca un punto de inflexión, una *bisagra* entre las problemáticas que afectaron la autoría a lo largo del siglo XIX y la consolidación de la figura de la autora profesional en el siglo XX”.

Por otra parte, *La mujer romántica* entiende que un libro sobre lectoras y autoras tiene cierta obligación de hacer foco en las mujeres, sin llegar a creer que, aisladas y tratadas con exclusividad, las mujeres quedarán mejor explicadas. Esta decisión, apenas indicada con la palabra “escritores” en el subtítulo, resulta especialmente apropiada para las escritoras argentinas del siglo XIX. En el extenso primer capítulo del libro, los protagonistas son los hombres de la generación de 1837: Echeverría, Alberdi, Mármol, Sarmiento. El descubrimiento de la *lectura libre* (ajena a las instituciones educativas), el pasaje de la lectura a la escritura (y sus relaciones con el pasaje al exilio), las diversas posturas de Alberdi y Sarmiento respecto de la educación de la mujer y las mujeres lectoras, las representaciones de la lectura en *Amalia* y la introducción del folletín en *El Progreso* por Sarmiento como un espacio destinado inicialmente al público lector femenino son algunas de las muchas cuestiones analizadas en este capítulo que, a la vez que reconstruye en detalle el escenario cultural de la época, desengaña de entrada a los lectores que esperan encontrar reivindicaciones feministas condescendientes.

La buena voluntad de vencer (en el presente y en el papel) las relaciones de dominación masculina que pesaron (en el pasado y en la práctica) sobre las mujeres del siglo XIX está ausente en *La mujer romántica*. El segundo capítulo lo dedica a los “fantasmas”, de orden simbólico pero bien reales, que acosaron a aquellas singulares mujeres letradas decimonónicas que, con distintas prudencias, atrevimientos y sanciones, asumieron su singularidad. Una concepción del honor femenino basada en el recato e inspirada en la vigilancia del pudor sexual fue la condición disuasiva más determinante sobre la autoría femenina del siglo XIX en Argentina. Aunque a veces lo hayan salvado, las escritoras siempre corrieron el riesgo inscripto en un juego de palabras que Batticuore subraya en las chanzas misóginas con las que un periódico redactado por Miguel Navarro Viola y Benjamín Victorica saludó la aparición del semanario femenino *La Camelia* en 1852: mujeres publicistas, mujeres públicas.

La “autoría escondida” (en el anonimato, el seudónimo o la escritura privada), la “autoría exhibida” (en la publicación y la firma) y la “autoría intervenida” (por un mediador masculino) son las principales modalidades de autoría femenina que Batticuore distingue. Sobre el espectro de posiciones posibles que estas categorías insinúan, y que el libro trata de hecho al diferenciar múltiples variantes para cada una de ellas, se ubican las trayectorias de las cuatro escritoras protagónicas de *La mujer romántica*. No están solas, sin embargo. La figura de Mariquita Sánchez, por ejemplo, lleva a otras *salonniers* francesas como Madame de Staël o Madame Récamier, y sobre todo, a la marquesa de Sevigné. Y sus diferencias con Juana Manso no esperan ser

Orbis Tertius, 2006, XI(12)

comprendidas con olvido de su adhesión a las *Cartas Quillotanas* de su amigo Alberdi, sus políticas respuestas a los ataques poco civilizados de Sarmiento contra la Sociedad de Beneficencia (presidida por Mariquita) o la relación misma de Sarmiento con Manso.

¿Qué margen de error implica pensar un problema clave en la cultura argentina decimonónica como la traducción entre lo criollo y lo europeo salteando a Eduarda Mansilla, o la profesionalización del escritor hacia fines de siglo con omisión de la figura de Juana Manuela Gorriti y esa extrañísima novelita publicitaria titulada *Oasis en la vida*? Sin formularlas, *La mujer romántica* propone este tipo de preguntas. Por la atención puesta en objetos y cuestiones densamente significativos como la autoría, la lectura, la escritura (también en la acepción física del término), el público lector o la historia del periodismo, por la extensión cronológica, por sus continuidades y diálogos con *El discurso criollista* de Adolfo Prieto, por el amplísimo material de novelas, autobiografías, revistas, epistolarios y artículos periodísticos sobre el que se apoya, el libro de Batticuore se deja leer como una historia de la literatura argentina del siglo XIX. Una historia parcial, que se refiere al todo mediante el artificio de las sinécdoques, y a la vez una historia aumentada y revisada. Lo menor y lo alguna vez olvidado vuelven no solo para corregir sus propias ausencias, sino también para que podamos mirar lo mismo, en este caso nuestro hospitalario pero igualmente despoblado y algo monótono canon masculino decimonónico, y verlo distinto.

Sergio Pastormerlo